



JACLR

*Journal of Artistic
Creation &
Literary Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de máster, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 8 Número 1 (junio 2020)

Arsène Fablet

La Moneda de Dios

Fablet, Arsène: *La Moneda de Dios*. JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 8.1 (2020) <<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>
©Universidad Complutense de Madrid, Spain

La Moneda de Dios

"And then God created man in his own image and gave him dominion over all the stuff that he had already made. You know, like fish and others and whatever. Then the big guy was all like, 'hold up, you look super lonely. You need a friend. Let me borrow one of your ribs!' He waved that big rib around like Harry %\$& Potter and spoke unto Adam'...Boom, I just made a lady! How badass was that?"*

El Génesis según Deadpool en The War of the Realms.

Dios lanzó una moneda al aire para decidir si debía ser omnipotente o todo-bondadoso. El resultado nadie lo averiguó salvo él, que lo sabía y lo supo. La razón por la que lo hizo tampoco la conoció nadie salvo él de nuevo, que la sabía y la supo. Fuera lo que fuese, el mal está presente en el mundo desde entonces y nadie sabe si Dios se hace cargo de ello o si simplemente ha abandonado este mundo con una mano en los ojos, alzada con vergüenza, para evitar ver las consecuencias de su creación.

Sea cual sea la respuesta, la muerte del padre de mi amigo dejó a una mujer destrozada a cargo de un niño que, a falta de infancia—la edad donde todo está permitido—, tuvo que empezar a afeitarse todos los días. La herejía fue justificada: me preguntó por qué Dios había escogido a su padre, que se podría definir como un hombre bondadoso y paralítico, cuando el mundo está plagado de violadores, asesinos, corruptos y demás criminales. Nació en mí la desconfianza a la vez que la esperanza de que Dios hubiera abandonado el mundo, pues no podía concebir una divinidad malvada gobernando este planeta. La ilusión de la democracia resultaba suficiente.

Así pues, el incidente en el metro me descubrió una sombra (no me atrevería a decir—ni quiero hacerlo—que yo la creé). Después del acto inocente de devorar un bocadillo de mortadela con aceitunas, me bajé del tren y me aproximé a los contenedores de basura para tirar el envoltorio. De hecho, creía que mi error, tenía relación con este hecho, pero no: la mirada azul y hundida, como la del cadáver de un drogadicto, no me miraba inquisitivamente por una bola de papel de aluminio. Una mujer me chistó, el primer y menos ofensivo de los sonidos que emitió durante el acoso.

—¿A qué juegas? —Miré a otro lado sin concebir que pudiera estar dirigiéndose a mí.— Voy a llamar a la policía.

Me encogí de hombros y traté de alcanzar las escaleras mecánicas. La amiga de la mujer trató de detenerla, pero esta se interpuso en mi camino.

—¿Por qué me sigues? —Me empujó.— ¿Que por qué me sigues? —insistió.

—Sólo vengo a trabajar. —Me zarandeó.— No la conozco, señora.

—¡Vete de aquí! —La amiga se unió a ella.

Guiados por los gritos de ambas mujeres, los guardias de seguridad bajaron por las escaleras mecánicas a toda velocidad, un hombre y una mujer listos para la acción.

—¿Qué le estás haciendo a la señora? —La mano del hombre sobre mi hombro.

—Sólo vengo a trabajar.

—¡Deja de seguirme!

—Mire: tengo pruebas...

—Voy a llamar a la policía.

—A ver el móvil.

Me entraron ganas de llorar y reír al mismo tiempo. Ni siquiera se le había brindado a mi inocencia la oportunidad de ser presunta. Le mostré las pruebas a la agente de seguridad y accedió a dejarme libre. No obstante, me sentí expulsado de la estación, como si la prueba de mi inocencia fuera una mera

excusa que retrasa el juicio pero no la sentencia. A ojos de los allí presentes—tal vez hubiera alguien con sentido común—yo era culpable del crimen. Entonces comprendí la escena de aquella película en la que el hombre era regañado por una madre cuando él intentaba hacer reír a la hija. En aquellos instantes de extrañamiento, no sentí la lástima que había sentido la primera vez que vi la película. Profundicé en el personaje y sentí la debilidad, el ridículo, pero sobre todo, la violencia: tan agresiva como inesperada; la bondad destruida por un instante de cólera; la represión de las lágrimas; el peso del cuerpo al subir las escaleras. Resultaba más violento incluso pensar que aquellas personas que me intimidaron al asumir que era culpable, eran normales. Ninguna estaba loca. Sin embargo, mi mente se desmoronaba y bajo la lluvia, aún reprimiendo mis impulsos de dejar fluir la debilidad, comprendí por qué la gente mata.

Cuando salí del trabajo, mi padre me recogió en su coche para evitar que me mojara en el camino de vuelta a casa y pude contarle lo ocurrido. Él, como buen padre que es, trató de que viera el lado bueno de los acontecimientos y trató de convertir un ataque en una anécdota. Al fin y al cabo, mi inocencia había sido demostrada y no quedaba daño alguno sobre mi persona. Sin embargo, no pude dejar de pensar en la imagen que aquellas personas tenían de mí: para ellos yo era un monstruo. Entonces me pregunté si acaso su realidad fuera diferente a la mía, pero compartieran el mismo espacio. En la suya, mi otro yo no habría tenido la paciencia y la cabeza fría necesaria para demostrar su inocencia. La mujer le habría espetado y pegado por su supuesto acoso y él le habría devuelto el empujón, la habría tirado al suelo. Tal vez, incluso, habría pensado que podía tirarla a las vías del tren de un puñetazo. El guardia de seguridad habría invadido su espacio personal, la mano en el hombro, y él se la habría retirado. No habría llorado cuando el guardia le hubiera reducido y le hubiera esposado en el suelo. No. Se habría reído, muerto de miedo. Les habría ofrecido las mismas pruebas que les ofrecí yo pero no le habrían creído y la policía se habría encargado de llevarle a comisaría. Allí, las señoras habrían puesto una denuncia falsa, y él lo sabía, pero nadie más parecía compartir su versión. A la ofensa añadieron los cargos de abuso sexual, pues la amiga proclamó que al empujarla le había tocado los pechos. Después, el abogado de las presuntas acosadas le habría ofrecido un trato: mil euros a cambio de retirar la denuncia. Le habría gustado llamar a su padre, pero en esta realidad, su padre murió, como lo hizo el padre de mi amigo. Nadie respondería por él. Mi otro yo era su propia autoridad. Así que habría aceptado y usado los pocos ahorros que le quedaban para pagar aquella estafa, porque de eso se trataba.

Por aquel entonces, sabía que toda la historia era fruto de mi imaginación, pero en mi cabeza fue volviéndose más y más real cada vez que pensaba en ello: al día siguiente, cuando mi otro yo llegó al trabajo, le despidieron, pues sus jefes no podían permitir que diera clase de lengua a unos niños teniendo antecedentes de acoso y abuso sexual. Mil euros por no ir a la cárcel. Mil euros por morir en vida. Aquellas mujeres habían sido una víbora de dos cabezas que, oculta entre las hierbas, le había mordido en el tobillo y le había mandado al infierno sin posibilidad de mirar atrás. Enloqueció ya que él nunca tuvo a nadie a quien contarle lo ocurrido, no como yo. Pensó ir al bar de su barrio con la esperanza de que un camarero a altas horas de la noche pudiera prestarle atención, pero el único bar que conocía allí era el KFK, donde nadie escuchaba a las cucarachas como él. La situación empeoró cuando perdió la casa por impago y tuvo que irse a la calle en pleno invierno. En un albergue para vagabundos conoció a un tal Gary Gilmour, que había trabajado de payaso toda su vida. Eso le habían llamado las señoras a mi otro yo: «*iPayaso!*» le habían gritado mientras se le llevaban a comisaría. «*iEres un payaso!*» Gary le consoló y le habló de maneras de desahogarse que le permitieran romper con la frustración. Gary sabía cómo poner fin a la ira y la violencia de las personas. Al fin y al cabo, a eso se dedican los payasos.

Mi otro yo buscó a las señoras como se busca una serpiente entre las hierbas. Recorrió todo el entramado subterráneo de la ciudad hasta que las encontró acosando a otro joven como él, como

nosotros. Entonces agarró a la amiga y la arrojó contra las escaleras mecánicas. El collar de la mujer quedó atascado entre dos escalones y la arrastró hacia lo más alto de las escaleras, donde se asfixió como si la hubieran ejecutado en la horca. Mientras tanto, mi otro yo se ocupó de la señora que lideraba todas aquellas estafas. La lanzó a las vías y el tren se encargó del resto. Al fin y al cabo, la mejor manera de matar a una serpiente es cortarla por la mitad y aplastar su cabeza. Ya no volverían a mentir sobre un tema tan delicado. Quiero dejar claro, llegado este momento, que soy plenamente consciente de que aquellas mujeres eran estafadoras y que se aprovechaban de las miserias de pobres desdichadas para hacer su fortuna. Considero que sus actos fueron justos, pues estaba acabando con quienes dan un mal nombre a las víctimas de actos innombrables. Un acto puntual como aquel podía acabar con la justicia y los miramientos que se deberían tener para con dichas víctimas. Y tras reflexionar cómo una mujer puede traicionar a otra, se preguntó harto de desesperación: ¿dónde está dios cuando todo esto ocurre? ¿Acaso duerme y esta realidad es un sueño?, pensó mi otro yo. Quiso poner fin a su vida, desesperado y muerto de hambre. Compró una pistola con el poco dinero que le quedaba. Podría haber comprado comida, pero no serviría de nada al cabo de una semana. ¿Por qué una pistola? Pensó que sería lo más rápido y eficiente. Ni siquiera compró varias balas. Tan sólo una destinada a la única vida que quería quitar. Sin embargo, se dio cuenta de que el suicidio le era imposible. No podía fallar. Había matado a dos personas, pero quitarse la vida a uno mismo era más complicado. Requería más fuerza de voluntad, el ansia del cambio, la frialdad de un corazón destrozado y, sobre todo, el consentimiento del creador. ¿Quién podía decirle a mi otro yo que era fruto de mi imaginación? Algún día lo averiguará, siempre lo he sabido, y vendrá a verme entre la niebla. Espero que nos entendamos, aunque será complicado y tratará de hacerme pagar por mis imagin-acciones contra él.

Mi otro yo llama a la puerta. No lo esperaba tan pronto. Voy a girarme para saludarlo. Le sfioa que hila y e eotncws me vuelvo otra vez a la pantalla del ordenador. Él me pide que vuelva a girarme para que le dé respuestas. Me fjiroa otra vea ye le Rufo que eno tebeo las eapìuderias que eek brisca y vuelvo a mirar la pantalla del ordenador. Sé que no me comprende. ¿Cómo iba a hacerlo, si ni siquiera yo sé cómo hemos llegado a esta situación? La física lo prohíbe. El principio de identidad niega la posibilidad de que existan dos cosas iguales en la misma realidad. Él no es igual que yo ni mucho menos. Él lleva una pistola y por tanto es partícipe de esa realidad que se mueve por la violencia. Escucho una moneda al aire. Yo simplemente le estoy dando la espalda, tratando de controlar la mía y que no se me vaya de las manos pero sé que de un momento a otro va a ocur

Perfil de la autora:

Arsène Fablet probablemente naciera joven. En algún momento mató a un hombre por curiosidad y ahora se dedica a escribir. Ya es demasiado viejo para morir joven e incluso puede que no muera nunca. En última instancia, como mucho—y afirma esto con certeza—desaparecerá.

Contact: <arsene.fablet@gmail.com>